

vicios que otras veces había prestado, tratando á los vencidos con la mayor dulzura y procurando favorecerles en cuanto estuvo en su mano. Sin embargo, no le era imposible impedir que de nuevo se constituyeran los consejos de guerra, y que éstos no funcionaran activamente en todo el país,—19 de Marzo.—En sus manos el decreto de primero de Octubre se hizo un arma terrible, y el rey aumentó aun el carácter terrible por una nueva ordenanza, 10 de Mayo;—según la cual, tribunal alguno podía proceder contra delator alguno de crímenes contra la seguridad pública, cualquiera que fuese el resultado de sus delaciones.

»Quedaban, pues, por tanto, entregados los liberales á los caprichos de todos sus enemigos privados y de todos los realistas fanatizados. Los procesos relativos á esos asuntos se terminaron con la más grande prontitud posible. En Madrid, un cierto Juan de la Torre fué acusado,—22 de Marzo,—de haber dado gritos en favor de la libertad; siete días después moría ahorcado. Una carta en la cual el librero Myar se quejaba á uno de los emigrados de las persecuciones que estaban á la orden del día, fué abierta en correos y costó la vida á su autor. En Granada, María de Pineda, joven viuda animada de sentimientos patrióticos, fué entregada á la muerte porque había bordado una bandera para los constitucionales. Dícese que Calomarde había enterado al

rey de la nueva táctica de los liberales, que consistía en ganar á las mujeres á sus intereses: se quiso, pues, hacer un ejemplo para intimidar á las otras.

»La cosa más ignominiosa pasó en las provincias meridionales cuando ya habían terminado esas sangrientas escenas. Los terribles sectarios del *Angel exterminador* resolvieron, en sus reuniones secretas, tender un lazo á Torrijos. El gobernador de Málaga, Vicente González Moreno, hizo escribir por un coronel á un amigo de Torrijos, diciéndole: que todas las tropas de los alrededores eran hostiles al gobierno y que se pasarían á él tan pronto desembarcare. Después el mismo coronel se presentó en Gibraltar, para concertar con Torrijos un plan de operaciones. Cuando éste, acompañado apenas de setenta hombres, se acercó durante la noche del treinta de Noviembre en dos barcos valencianos, fué espiado por los pataches que le recibieron á tiros, persiguiéndole hasta la costa de Málaga, en donde Moreno le hizo prender con toda su gente,—5 de Diciembre,—siendo algunos días después todos fusilados,—11 de Diciembre.—Encontrábanse entre las víctimas personas de gran consideración, tales como Manuel Florez Calderón, Juan López Pinto, antiguo gobernador de Calatayud y hermano de Ignacio Pinto, Francisco Fernández Golfín, antiguo ministro de 1823, el inglés Body y otros.—GERVINIUS.»



## CAPITULO XLII

### CAIDA DE LOS TORIES EN INGLATERRA

**H**ODÍA Inglaterra dejar de sentir la sacudida de París? no, ciertamente; lo único que se podía esperar era que allí fuese el movimiento más moderado á pesar de la situación siempre tirante de Irlanda y del estado angustioso de la industria y de la agricultura, porque al fin Inglaterra era un país de libertad y los pueblos regidos liberalmente gozan, digámoslo así, de un coeficiente de dilatación, del que carecen los pueblos reaccionarios, por cuya razón se producen las inevitables roturas al querer ensancharse.

Claro está que los primeros efectos habían de ser sensibles. Ya hemos indicado que estábamos en la época en que se cumple una de las revoluciones más transcendentales de nuestro siglo, revolución que los siglos venideros colocarán al lado de la revolución política que conmemoramos ó sea la de 1789, y que en Inglaterra, que precedió á todas las demás naciones en la obra de la transformación del trabajo manual en trabajo mecánico, no había de presentar carácter distinto del que presentó en los otros países, pues los obreros no sabían ni podían ver de momento más que la reducción de brazos y el aumento de producción en favor del patrono, de aquí que también en Inglaterra fueran ahora las fábricas las que pagasen culpas que no tenían; pero en esta obra de destrucción se envolvió á los establecimientos agrícolas, pues por la densidad de la población inglesa y lo in-

grato de su suelo, la cuestión agraria está siempre abierta en la Gran Bretaña. Gervinius, que nunca pudo olvidar sus antecedentes, no vió en estos movimientos más que el desahogo del vil populacho.»

Habíase seguido por todas las clases en Inglaterra la lucha sostenida por la prensa contra Polignac con el mayor interés, y sus triunfos parecían triunfos de la opinión inglesa, lo cual no dejaba de ser un síntoma peligroso para la administración tory. Así, cuando el triunfo coronó la obra de la prensa, en todas partes surgieron comités para socorrer á las víctimas de la revolución, ó asambleas, de las que salían diputaciones para ir á felicitar á los parisienses por su valentía, y ya es de suponer con qué espíritu regresarían luego á Londres esas diputaciones.

Había en la atmósfera de la Gran Bretaña algo que necesitaba un fuerte calmante sino se quería que se condensase y produjera un cataclismo. El partido liberal, aun los más moderados se sentían agitados por la idea de que Polignac arrastraba á Wellington, idea de la cual también participaba el duque, por cuya razón tan pronto se inició la crisis francesa en su estado agudo, para Wellington era ya indudable el advenimiento de los orleanes; en lo que se equivocó fué, en que las cosas fueran tan de prisa y tan bien para la nueva dinastía, por cuya



razón los sucesos de Julio le encontraron desprevenido.

Debióse á esta sorpresa el que, ya desconcertado Wellington, fuese el primero en reconocer el nuevo orden de cosas creado en Francia, cuando precisamente él se había dicho que en el momento supremo podría asumir, de concierto con las demás naciones de Europa, la representación de los intereses monárquicos, pues al primer síntoma que se notó de ese pensamiento de unión de las monarquías reaccionarias de Europa con Inglaterra y contra Francia, la opinión fué tan unánime en contra que el mismo marqués de Londonderry, con ser un ultratortory, declaró imposible toda acción en favor de los borbones, é imprescindible la necesidad de que Inglaterra se apresurara á reconocer el simulacro de Rey, creado en París por la Revolución.

Los tories, sin embargo, temían que las reformas democráticas de que iba á ser objeto la corte de Luis XVIII, habían de producir en Inglaterra un efecto inmediato y esto decía lord Eldon, quien pedía que se previniera todo para salvar las instituciones inglesas. Por lo contrario, los liberales ingleses estimaban cuestión de honor no quedar detrás de los franceses, y como la revolución francesa había en las calles de París resuelto la cuestión de la reforma electoral, y ésta era la cuestión política candente en Inglaterra, y precisamente se iban á celebrar ahora elecciones (Agosto de 1830), los liberales no podían dejar pasar una ocasión tan favorable para la propaganda de sus ideas y para sus reivindicaciones.

Wellington creía, sin embargo, que las elecciones hechas en tales circunstancias y siéndole favorables, de lo que él no dudaba, robustecería su situación política, creándole una situación dominante, haciendo de él el Pitt, que Eldon decía que era necesario encontrar para combatir la revolución francesa y preservar á Inglaterra nuevamente del contagio revolucionario. Pero llegaron las elecciones y el gobierno que no creía que las clases conservadoras ó privilegiadas de Inglaterra que eran las que votaban, pudieran desertar de su lado, en vez de los noventa y tres distritos que el gobierno pensaba ganar á las oposiciones, dejó en sus manos cincuenta distritos de su mayoría. La derrota del gobierno había sido completa en las grandes ciudades; en los condados, en donde los tories tenían todas sus fuerzas, no sacó el gobierno más que veintiocho adictos y la oposición cuarenta y siete.

Si los ministros fueron elegidos, esto lo debieron á haber presentado sus candidaturas en distritos en

donde el dinero y la influencia de los grandes señores territoriales lo decidían todo, pues en las ciudades y distritos en donde el voto era más ó menos libre fueron todos derrotados, saliendo en cambio elegidos Hume, Brougham y demás prohombres liberales, gente toda «que no tenía nada que perder,» ó como decía Eldon «que no poseía una yugada de tierra,» lo que es lo mismo. Para que estas elecciones tuvieran toda la significación que el país quiso imprimirles, en todas partes salieron derrotados los parientes de Peel y de Wellington.

El gobierno, á pesar de su derrota, se mantuvo firme en su puesto, y los whigs principiaban á creer que los tories se iban á perpetuar en el Gobierno, aceptando ahora las principales reivindicaciones de los liberales, en tanto los tories creían que podían contar con el reconocimiento de los whigs para la solución que habían dado á la cuestión católica, mientras esperaban poder destruir la monstruosa asociación de Grey y de Eldon, convenciendo á éste que debía romper la coalición si no quería exponer la patria á los peligros de una revolución.

Todo era, pues, incertidumbre y cálculos más ó menos probables, cuando llega el momento decisivo, —el día 2 de Noviembre,—en que la corona iba á hablar.

La desilusión fué completa. Wellington se presentó más reaccionario que nunca. El discurso del trono se reservaba al hablar de Francia, temiendo la explosión del sentimiento patriótico de los franceses, pero en cambio se quejaba de la manera más amarga por lo sucedido en los Países-Bajos y ofrecía reconocer el gobierno de Miquel en Portugal, cuando hubiese dado la amnistía, y terminaba declarando que estaba resuelto á mantener los tratados, sobre los cuales descansaba el sistema político europeo.

«Había sido inmediata consecuencia de la revolución belga el renacimiento de la agitación en Irlanda y de las grandes excitaciones que de todos lados se le dirigieron á O'Connell para que disolviera la Unión; por esto la revolución belga fué, poco simpática á Inglaterra. Sin embargo, á los ojos de los hombres de Estado de todas las opiniones, tales como Grenville y Grey, las censuras del discurso del trono sobre la revolución belga constituían una censura tan impolítica como injusta, hasta creer la gente sensata que envolvía la promesa de una intervención armada.» Lo que indignó á la mayoría de la nación fué el anuncio del reconocimiento de Miquel en Portugal.

»Sin embargo, por grande que fuera la inquietud

provocada por esos pasajes en el discurso del trono, relativos á los negocios extranjeros, la indignación que las palabras relativas á los negocios interiores del país hacían nacer, era infinitamente más viva. En presencia de las turbulencias agrarias en Inglaterra, y de la agitación en favor del *repeal*, (abrogación de la Acta de Unión) en Irlanda, el gobierno había expresado su resolución de emplear todos los medios legales para mantener el orden; pero palabra alguna del discurso indicaba ni siquiera la idea de extirpar los abusos en que tenían tales excesos la fuente, ni la decisión de presentar una medida radical para corregirlos. Por lo contrario, cabe lo último del discurso del trono, el ministerio había insistido sobre el extraordinario bienestar de que gozaban los ingleses al abrigo de las instituciones vigentes y del deber que tenía de transmitir las intactas á la posteridad.»

Llegó la discusión del discurso, y el conde Grey, que venía siendo desde hace años el campeón de la reforma electoral, excitó á la Cámara de los pares para que de ninguna manera autorizase el menor preparativo militar, declarando que la única manera posible de desvanecer la tempestad que amenazaba á Inglaterra, era reformar la composición de la Cámara baja.

A estas amonestaciones, Wellington respondió que nunca había visto ni leído proyecto alguno destinado á mejorar la representación nacional, y que en su opinión la Cámara actual sabría llevar á buen término su tarea, y que el país estaba al lado de las cámaras. Por consiguiente que no sólo no presentaría ley alguna de reforma electoral, sino que combatiría toda ley de esta clase que se presentase. Wellington, como Carlos X, decía, pues, á la nación «nada de concesiones.» Carlos X y Guillermo I sufrirían la misma suerte?

En la Cámara de los comunes, Peel, que deploraba amargamente las imprudencias de Wellington, pretendió desautorizar el lenguaje de éste encerrándose en el más completo mutismo. La indignación del país era grande y como aparecía concentrada, era más que nunca de temer su estallido; así el Alcalde de Londres creyó deber advertir al duque y al rey que temía que no ocurrieran sucesos lamentables si se presentaban á la fiesta Municipal del 9 de Noviembre, resolviendo el rey y el duque dejar de asistir, con lo cual el descontento se hizo mucho mayor, pues se prestaron á tal resolución las más torcidas interpretaciones y propósitos. Desde este momento, Wellington ya no hubo de pensar sino en retirarse, pues la impopularidad suya llegaba hasta el rey.

Así, al discutirse la lista civil, Parnell, diputado irlandés muy inteligente en materias económicas, se quejó de que se continuasen englobando los gustos personales del rey con los del Estado; quiso el gobierno impedir esta discusión pidiendo á la Cámara que se constituyera en sesión secreta para tratar de este punto, pero Parnell se opuso pidiendo á la Cámara por vía de enmienda que se constituyera una Comisión especial encargada de examinar los diversos artículos de la lista civil. Como la coalición whig y ultratortory continuaba, el gobierno fué derrotado por una mayoría de veintinueve votos. Asiéndose entonces de este pretexto para dimitir el gobierno, Wellington y Peel anunciaron al día siguiente, —16 de Noviembre,—que habían presentado sus dimisiones al monarca. Más tarde uno y otro confesaron que lo que les había impulsado á dimitir era la cuestión electoral.

«Esta cuestión renacía ahora gracias á la iniciativa de Brougham. Bentham, que contaba á la sazón ochenta años, tenía por discípulo desde hacía tres años á Brougham, que frisaba en los cincuenta, á quien aconsejaba que viera si sería posible hacer triunfar la reforma electoral aunque fuera á girones. Respecto de la administración de justicia, Bentham había desde luego descubierto que en Brougham, el reformista no iría más allá que el abogado, y precisamente en los últimos tiempos habíase mostrado cada día más indiferente por ella. Pero ahora no parecía sino que Brougham quería repararlo todo, pues en la noche misma en que los ministros se retiraron, —16 de Noviembre,—anunció un proyecto radical relativo á los cambios que debían introducirse en la representación parlamentaria.

»Súpose luego que las proposiciones de Brougham habían sido aprobadas en una reunión celebrada por los whigs,—13 de Noviembre,—y temiendo con esto los ministros que, si á pesar de su oposición la Cámara autorizaba la presentación de la moción y entonces presentaban á ella su dimisión, el nuevo gobierno se crearía obligado á llevar á cabo la reforma parlamentaria; y por lo contrario, decían, un cambio de Gabinete motivado por un voto sobre la lista civil, podría fácilmente poner á sus sucesores en una falsa posición enfrente del rey y del bien del pueblo.»

Resuelta, pues, la retirada del Gabinete, el rey creyó que debía sin vacilaciones llamar á los whigs, de modo que Grey iba ahora á encontrarse en situación de llevar á cabo la reforma electoral, por la cual hacía cuarenta años que venía combatiendo,



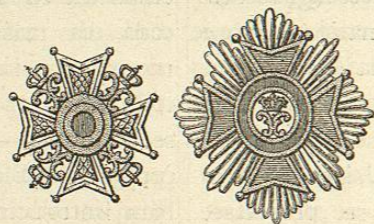
porque, en efecto, el monarca le encargó desde luego la formación del nuevo Gabinete, en el cual tomarían asiento al lado de los antiguos y experimentados amigos de Canning, Melbourne, Palmerston, Goderich, Grant, hombres nuevos como Holland, Lansdowne, Durham (Lambton), Althorpe, Brougham y Graham.

Este gobierno era un gobierno de coalición, en el cual se daban las principales carteras á los antiguos amigos de Canning, hasta entonces adversarios de la reforma parlamentaria, y el ultratroy, duque de Richmond, había de entrar en el Gabinete, y no fué lo peor que se diera á Palmerston la cartera de Estado, á Melbourne la Gobernación y al inhábil y flemático Althorpe la Cancillería del Echiquier y la dirección de la Cámara, sino que á los hombres nuevos y liberales se les dieron carteras contrarias á sus estudios é inclinaciones, naturalmente con la sana intención de que no pudiesen hacerse sentir desde luego.

Dicho se está que en los primeros momentos no se reparó en nada y con tanta mayor razón cuanto

que el programa del nuevo gobierno expuesto por Grey no dejaba que desear. El gobierno declaraba por boca de su presidente su política pacífica, su firme voluntad de vivir en paz con todos los pueblos y hacía alarde de sus simpatías por Francia, cuyas instituciones se apoyaban en las mismas bases que informaban las inglesas. Luego, ocupándose de los asuntos interiores, prometió hacer las mayores economías posibles, reprimir los abusos administrativos, mejorar la situación de los pobres, —el pauperismo no existe en Europa sino en Inglaterra,—encareciendo por encima de todo la necesidad de resolver la cuestión de la reforma parlamentaria, anunciando en consecuencia que presentaría en breve un proyecto que asegurase al pueblo la parte que le correspondía en los grandes consejos de la nación.

Y cumpliendo lo prometido, Grey hizo nombrar en 20 de Noviembre la Comisión encargada de proponer los proyectos de ley anunciados, suspendiendo entonces la Cámara sus sesiones para reanudarlas de nuevo el 3 de Febrero de 1831.



Brunswick: Orden de Enrique el León



## CAPITULO XLIII

### LA REVOLUCIÓN EN POLONIA

Los conspiradores en Varsovia.—El 29 de Noviembre.—Retirada del Gran Duque.—Lucha entre los partidos demócratas revolucionarios y conservadores aristocráticos.—Loubbecki.—Dictadura de Chlopicki.—Influencia creciente de los patriotas.—Caída del dictador.—Declaración de independencia.

**A**TENTE el estado de insurrección en Polonia y en actividad sus asociaciones de patriotas, no es de extrañar que Zalinski, conocedor del estado de cosas de su patria y atento á las agitaciones de Francia, preveyendo el desenlace de estas, se mostrara dispuesto á aprovechar el efecto que habían de producir para conseguir la emancipación y la libertad de su patria.

Zalinski veía bien y acertaba en sus previsiones; pero el patriota polaco se equivocaba al contar con el apoyo indudable de la Francia liberal, que de ningún modo podía resucitar guerrera como el imperio sino pacífica y progresiva, pues de lo contrario, la Santa Alianza, que en vano pretendió reanimar el emperador de Rusia contra Luis Felipe, hubiérase puesto en movimiento por sí misma, espontáneamente, porque las naciones europeas se hubieran encontrado de nuevo en presencia de los enemigos de la libertad de los pueblos.

Llegó la noticia de lo ocurrido en París, en Varsovia, el día 6 de Agosto, y ya el 12 del mismo mes Zalinski reunía en su casa de campo, en Mariemont, á una veintena de sus amigos, á Wisocki y á los suyos, conviniendo todos en que había llegado el momento de apresurar el alzamiento de Polonia.

Creía Zalinski que la insurrección podría estallar para Febrero de 1831, pero este plazo parecía desmesuradamente largo á los que creían que basta que las causas sean justas para que todos los hombres de honor se levanten para defenderlas y de esta opinión era, naturalmente, la juventud incapaz de sentimientos egoístas y cuyos principales agitadores eran Mochnacki, Bronikowski, Nabelack, Gozcgynski, Dembenki y Zonkovski, sin embargo, bien que no se fijó el movimiento para Febrero, se acordó que no fuese inmediato, y esta opinión sostuvieron los que luego habían de demostrar que eran los más decididos y enérgicos: los Ostrovski, los Ourbanski y los Mochnacki.

Tiempo, en efecto, se necesitaba para disponer al ejército polaco á secundar el movimiento, pues aun cuando los patriotas creyeran poder contar con el patriotismo del ejército, no era prudente confiar en que éste se moviera como el imán mueve el acero por la simple atracción de la magia de las palabras libertad é independencia de la patria, y de esta previsión de lo futuro, tuvieron necesidad de convencerse pronto, pues habiéndose dirigido resueltamente á los generales polacos que se habían hecho una reputación durante las guerras napoleó-